

EL ÚLTIMO VIAJE DEL PRISIONERO

Pablo Ruz Martínez



Capítulo 1

EL ÚLTIMO VIAJE DEL PRISIONERO

Erraba el caballero montado en su caballo por las colinas de las lindes de Los Pescadores. Solo se escuchaban los cascos del caballo y el traqueteo del viejo carro con la jaula donde custodiaba al prisionero en su interior.

—Soltadme, por piedad —dijo el prisionero con voz apesadumbrada, rompiendo un agradable silencio—. Solo soy un anciano. ¿A caso crees que con este cuerpo podría haber hecho tal fechoría? Por favor, se lo suplico.

El caballero parecía impasible a las suplicas del prisionero. Cabalgaba a lomos de un magnífico caballo de guerra color azabache. El calor le había obligado a desprenderse del yelmo y la armadura. El sol caía a plomo, y llevaba una deteriorada y empapada camisa marrón, abierta por la parte superior.

El anciano iba sentado en los astillosos y resquebrajados maderos del carromato, donde se podían apreciar algunas manchas de sudor y sangre de antiguos reos. Llevaba las manos encadenadas a los barrotes de hierro oxidado por encima de su cabeza. Sus ropajes consistían en un andrajoso pantalón roído y sujeto por una cuerda a su esquelética cintura. Cada vez que por una piedra, montículo o surco el carro daba un salto, el anciano se golpeaba la cabeza con los barrotes. No podía evitarlo, ya que un agudo dolor en los hombros le impedía inclinarse más hacia abajo.

—Por favor, tan solo deje que descansen los brazos, solo le pido eso —le seguía suplicando el prisionero. Pero no obtenía respuesta.

—Ya bastante castigo se me acerca, señor. Pronto habré partido al mundo de los muertos, y por algo que no he hecho yo. Deje por lo menos que mi último viaje transcurra sin sufrimiento.

—Eso debió de haberlo pensado antes de quitar la vida a esas personas —le contestó el caballero, que seguía mirando el camino que tenía delante—. Ellos no tuvieron ocasión de pedir clemencia, ¿por qué iba a concedérsela a usted?

—Le digo que yo no he tenido nada que ver. Ése al que usted obedece pretende ocultar la verdad, y sabe bien de lo que hablo. Es lo que acostumbra a hacer cuando tiene un problema; lo hace desaparecer.

—¿Y qué otra cosa iba a decir?, todavía no he conocido condenado que no

se haya declarado inocente.

—Ya sé que no me va a creer, tampoco lo pretendo, ya he aceptado mi destino. Lo único que le pido es que me deje bajar los brazos, por favor. Con cada resalto noto que se me desgarran de los hombros. No puedo soportar más este dolor.

El caballero se giró en la grupa del caballo y observó al prisionero en la jaula.

Tenía el cuerpo cubierto de cicatrices mal curadas, algunas infectadas. Los largos y grasientos pelos color ceniza se le arremolinaban en la sudorosa cara, y los huesudos brazos colgaban de los barrotes deformándose en los hombros.

—¡Míreme!, no podría soportar mi propio peso, y ellos eran siete, ¿cómo podría haberlos matado?, y de esa manera... ¿Qué clase de monstruosa criatura podría haber hecho tal cosa?

El caballero lo examinaba de pies a cabeza. No cría posible que un anciano como aquel hubiera podido acabar con siete guerreros armados y entrenados. Y no de cualquier forma, pues los cuerpos estaban machacados, mutilados y desgarrados, completamente destrozados... se necesitaría una extraordinaria fuerza para un acto tan despiadado. Pero aun así, su comandante le había encomendado una misión y no podía desobedecerlo.

—No puedo hacer eso que me pide, lo siento, me podrían castigar a mí por ello.

—¿Quién le iba a castigar?, estamos nosotros dos solos.

—Por ese mismo motivo no me puedo fiar de usted.

Un bache en el camino hizo que el anciano se golpeará la cabeza con los barrotes de la jaula, y emitió un quejido de dolor al revotar contra los maderos que estremeció al caballero.

Tardó un momento en recomponerse. Después miró al caballero a los ojos.

—Por favor, tenga un poco de piedad.

Entonces el caballero detuvo la marcha de caballo. Desmontó y se encaramó al carromato—. Solo puedo hacer una cosa —le dijo mientras sujetaba sus manos por el otro lado de los barrotes—. No le puedo liberar, de veras que no puedo. Pero le encadenaré a la parte baja de los

barrotes, así podrá ir recostado en el suelo.

—Gracias, señor. Eso será un gran alivio. Gracias, de corazón.

El caballero vigilaba las manos del recluso mientras le liberaba las muñecas de las cadenas. Cuando lo consiguió, el anciano, como si se desperezara, estiró y giró las muñecas que crujían con cada movimiento. El caballero fue a cogerlas de nuevo, cuando estas, con las palmas hacia arriba y los dedos extendidos, se juntaron y se colocaron frente a él. En ellas pudo apreciar una marca, como la de una flor de diez demacrados y frágiles pétalos que se contoneaban. El caballero se quedó por un momento embelesado con el baile de las escuálidas falanges.

—Está bien, anciano —dijo meneando la cabeza cuando volvió en sí—. No hagas que me arrepienta o sabrás lo que se siente al dislocarse un hombro de verdad.

—Gracias, señor —le volvió a agradecer el recluso—. No lo hará.

Y en silencio, continuaron con la marcha por los prados lejanos de Los Pescadores. Era un lugar despejado. En el horizonte, los montes y el cielo comenzaban a mezclarse en un oscuro paisaje. Las estrellas brillaban altas, y la temperatura daba un respiro a los acalorados y sudorosos viajeros.

Durante la siguiente jornada llegarían a Cuevas Viejas, la ciudadela donde ajusticiarían al preso que llevaba en la jaula. De allí eran los siete guerreros que supuestamente había asesinado. Todo el pueblo los esperaba impaciente, deseosos de presenciar otro cruel espectáculo.

—¿Ha oído eso? —le preguntó el anciano casi en un murmullo al caballero. Este se giró prestando atención pero no escuchó nada—. Algo nos está acechando.

—Deje de decir sandeces —le dijo el caballero.

—Le digo que algo nos vigila en la oscuridad, puedo oír como aguanta la respiración.

—Aquí no hay nadie más que nosotros dos. ¡Cállese!, o le volveré a encadenar como antes. —le dijo, pero el corazón en su interior comenzó a agitarse. Miraba con disimulo a los lados, escudriñando en la oscuridad sin poder distinguir nada.

—Encadéneme si es lo que quiere —le dijo el anciano—. Pero yo de usted tendría preparada esa espada.

El caballero parecía cada vez más nervioso. Una leve sacudida pudo apreciar en la distancia. Un copioso y frío sudor le empapó la frente, y comenzó a deslizarse por el rostro hasta el cuello y el pecho. Desenvainó la espada y la empuñó con firmeza.

—¿Quién anda ahí? —gritó el caballero—. Soy un guerrero de Bastros, y llevé a este recluso a Cuevas Viejas. ¡Sal de tu escondite o márchate de aquí!

—Me temo que las palabras no servirán de nada contra lo que nos acecha —le dijo el anciano.

—¿Qué quiere decir, ha visto algo?

—No, pero lo siento, y lo huelo.

De pronto un olor a podredumbre invadió las fosas del guerrero. Tal fue el olor que tuvo que taparse la nariz con la camisa empapada en sudor.

—Es insoportable este olor... ¿qué asquerosa criatura podría apestar de este modo?

—Lo va a comprobar usted mismo, ya está preparada para salir —le dijo agarrando los barrotes y apretando la cara contra ellos—. ¡Es un Hódrogos!

Los matorrales de delante comenzaron a crujir, y las poderosas pisadas de una gran criatura se les acercaban a toda velocidad. El caballo relincho y tiró del carro con todas sus fuerzas, pero una gigantesca criatura le cortó el paso en el camino.

Como había dicho el anciano, se trataba de un Hódrogos: una criatura de unos cuatro metros de altura, y tan ancha como cinco hombres fornidos. Tenía el cuerpo cubierto de un grueso y puntiagudo pelo marrón, y las manos y los pies provistos de unas terribles y poderosas garras negras. La cabeza ancha encerraba unos rojos y brillantes ojos, y su hocico, se alargaba con unos colmillos grandes y afilados.

El Hódrogos los observaba, bufando y expulsando espumarajos entre los afilados dientes. Su cuerpo se ensanchaba y comprimía violentamente con cada respiración. El caballero se quedó petrificado, con la espada temblorosa en la mano. Como un torbellino impaciente, el Hódrogos arrancó a correr hacia ellos. El caballero saltó del caballo justo en el momento que sus garras atravesaron su costado, y lanzaron al jamelgo contra los árboles. El carro se partió y la jaula cayó de lado al camino. El caballero retrocedió arrastrándose por el suelo. Cerró su puño pero la espada ya no estaba en su mano. Miró la garra del Hódrogos donde colgaba la piel desgarrada y ensangrentada del caballo. El terror invadió

todo su cuerpo, cuando la bestia se abalanzó sobre él.

Antes de que le cayera encima, rodó por el suelo y evitó la primera investida. Se logró poner en pie y corrió hacia la espada que se encontraba a tan solo unos metros. El Hódrogos lo persiguió. El caballero logró empuñar la espada. No podría huir, pensó. Se giró blandiendo el arma para enfrentarse a la bestia, cuando una de sus garras se estrelló contra su hombro y le desgarró la piel hasta el antebrazo. La espada salió disparada por los aires. Y el guerrero, horrorizado, se miraba la piel sangrando a borbotones, colgando y abierta por dos enormes surcos donde podía apreciar el hueso de su brazo.

—¡Vamos, no te quedes ahí! —le gritó el anciano.

El caballero se escabulló por uno de los lados de la criatura y corrió tanto como pudo hasta la jaula. Se apresuró a abrir el candado de la puerta cuando la bestia fue a por él. Con torpeza y a trompicones logró abrirlo, y se introdujo en la jaula antes de que el Hódrogos lo alcanzase.

—¡Cierra, rápido! —vociferó el anciano.

El caballero se dispuso a hacerlo, cuando el hocico de la bestia se introdujo entre la puerta impidiéndoselo, y su mandíbula se cerró apresando el tobillo del caballero. Un penetrante dolor le recorrió la pierna hasta el estómago. Dio fuertes tirones pero los dientes estaban férreamente apretados contra su tobillo, que en una de las sacudidas pudo sentir como crujía y se desgarraba. Con la otra bota consiguió darle una fuerte patada en el hocico, y la bestia lo soltó por un momento. El caballero con dificultad y empleando toda su fuerza cerró la jaula, y con la inercia se golpeó la cabeza contra los barrotes de la jaula.

Entonces despertó. Aturdido y conmocionado. Se encontraba jadeando, encadenado a los barrotes superiores de la jaula. Con el corazón inmóvil se miró el tobillo, pero no había señales de violencia, luego el brazo desgarrado, pero no había más heridas de las que ya tenía antes de que apareciera la bestia. Un sobresalto lo hizo volver a golpearse la cabeza contra los barrotes, y un intenso dolor le recorrió desde las muñecas hasta los hombros. Desconcertado, miró a los lados, y delante pudo ver, la grasienta melena color ceniza enmarañada en la descubierta, esquelética y sudorosa espalda del anciano sobre el caballo.